

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL DÍA DEL MAESTRO*

Elssie NUÑEZ CARPIZO**

Distinguida Directora de la Facultad de Derecho, queridos maestros: Es una distinción participar en tan propicia y significativa ocasión, que modifica sensiblemente el actuar cotidiano que compartimos, y que hace patente nuestra gratitud a tan merecido tributo que hoy se ofrece a los académicos de la Facultad de Derecho que, con infatigable espíritu libre, creador, pasión, dedicación, entrega, fortaleza, sensibilidad y gran calidad humana, desarrollan día a día su labor.

La interacción de los hombres en sociedad produce una diversidad de fenómenos sociales que requieren de instituciones para organizar y cumplir la función de adaptar al grupo a los nuevos integrantes. En este proceso, la educación es pilar fundamental.

Enseñar es la transmisión formal o informal de ideas y destrezas. Propaga la experiencia social. Coadyuva y permite que la cultura se extienda a las nuevas generaciones. Por una parte, es un mundo de saber, y, por otra, factor que favorece la continuidad social.

La escuela refleja los ideales de una sociedad. Tiene como misión que los jóvenes adquieran el conocimiento y habilidades para realizar roles de adulto. Se les capacita para la vida.

Ashley Montagu indica que “la mayor parte de lo que los seres humanos, en tanto humanos, piensan y hacen, lo han aprendido de otros seres humanos”. El joven hereda el alma de las generaciones que le precedieron, con la finalidad de poder crear un mundo mejor.

* Discurso pronunciado el 20 de mayo de 2013.

** Directora del Seminario de Sociología General y Jurídica de la Facultad de Derecho de la UNAM.

La educación debe plasmar, dentro del hombre, lo que la sociedad quiere que sea, asegura Emilio Durkheim, en razón de que la transformación del orden social sólo se produce por la creación personal.

Para Ángel del Río, la educación prepara a los alumnos para ser científicos, literatos, abogados, médicos, ingenieros, “pero sobre eso, y antes que todo eso, hombres, personas capaces de concebir un ideal, de gobernar con sustantividad su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades. Educación armónica es desarrollo de la personalidad, que combina el cultivo de la sensibilidad y del gusto artístico, la preparación técnica, la elevación espiritual y un sentido austero moral de la vida”.

Es el arte de ayudar a crecer, por y para la sociedad. Que los sueños sean realidad a partir de:

- Ayudar a la formación de personas libres.
- Motivar, por medio del método socrático, y fundamentalmente a través de la intuición, la espontaneidad y la creatividad.
- Desarrollar en plenitud el espíritu y el cuerpo, la razón, el sentimiento, la voluntad, el carácter, el sentido estético y moral de la vida.
- Fomentar un ambiente de tolerancia.

La educación activa difícilmente puede entenderse sin el correlato de la libertad por parte del alumno, que conlleva la responsabilidad de sus propios actos.

La labor del docente forma más por sus obras que por lo que enseña; si no hay congruencia entre lo que dice y su forma de proceder, perderá el respeto de sus alumnos.

El profesor siempre es modelo a seguir, lo que permite, en palabras de José Ortega y Gasset, obtener “de un individuo imperfecto, un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas”.

La educación se propone elevar a la plenitud nuestro ser. La forma de lograrlo, para Francisco Giner de los Ríos, es en movimiento. “A hacer se aprende haciendo”, afirma categórico. Es objetivo social, humano, es obra de paz y amor.

La educación tiene la misión de permitir a todos, sin excepción, hacer fructificar todos sus talentos y todas sus capacidades de creación, lo que implica que cada uno puede responsabilizarse de sí mismo y realizar su

proyecto personal, que se debe conjugar con las aspiraciones sociales, para “hacer del individuo un instrumento de felicidad para sí mismo y para sus semejantes”, como expone James Mill.

El maestro prepara para dar sentido a la vida del alumno en formación; por lo que debe:

- Facilitar el crecimiento individual.
- Lograr que adquieran confianza.
- Aumentar las perspectivas personales.
- Lograr que sean capaces de comprometerse con metas significativas.
- Dar habilidades para la vida.
- Aprender a escuchar y compartir ideas.
- Apoyar para que sean capaces de crear su propio camino.

Nuestro querido Maestro, Luis Recaséns Siches, proclama que la educación no es una simple trasmisión de conocimientos. En sentido integral, incluye el cultivo del ser humano, todas sus proyecciones, la actualización de las mejores potencialidades del individuo, y lo entrena para un buen ejercicio de la capacidad ciudadana. El trabajo educativo infunde el sentido de responsabilidad, para alentar la reflexión formativa, en la que debe incluirse el profesor, quien siempre debe buscar aprender algo más. No hay que olvidar que el aprendizaje nunca termina.

Jaime Balmes, atinadamente puntualiza que “el arte de enseñar a aprender consiste en formar fábricas, y no almacenes”. Para llevar a cabo esta difícil labor, se requiere de formación integral que permita desempeñar tan noble tarea, para lograr individuos útiles para sí mismos y para la sociedad; al mismo tiempo, infundir alegría y entusiasmo por aprender, y la inquietud por servir.

Fernando Savater expone, en *El valor de educar*, que “la función de la enseñanza está tan esencialmente enraizada en la condición humana que resulta obligado admitir que cualquiera puede enseñar... no quiere decir que *cualquiera sea capaz de enseñar cualquier cosa*... La institución educativa aparece cuando lo que ha de enseñarse es un saber científico... Los maestros deben siempre recordar, aunque lo olviden los demás, que las escuelas sirven para formar gente sensata”.

El quehacer educativo va más allá del simple binomio enseñar-aprender, o maestro-alumno. Sus efectos traspasan las paredes del aula, y llegan a la sociedad.

Vivir es elección. Lograr vivir felizmente es un saber elegir, y la academia es la mejor elección, porque nuestro actuar se refleja invariablemente en los alumnos, y no es solamente transmitir un conjunto de conocimientos, porque en cualquier momento el conocimiento puede fallar, pero no el corazón, que es el que nos impulsó en tan importante decisión.

El corazón fue al que atendió Don Quijote cuando arremetió contra los molinos de viento, y es el que nos motiva a alcanzar la felicidad mediante la enseñanza.

Las madres decimos que cuando tenemos hijos, dejamos de ser. En este orden, los alumnos son los hijos del maestro. Lo que hacemos por ellos, lo hacemos simultáneamente por nosotros. Les pertenecemos. Pero nos pertenecen, como parte que son de nosotros. Es un vínculo indisoluble. A pesar de que, no todos los alumnos, como no todos los maestros, son necesariamente perfectos.

Es inútil que los alumnos se distancien de los maestros, y nos dejen a un lado. Lo quieran o no lo quieran, su pensamiento está siempre con nosotros, por lo que nunca estaremos solos, gracias a ellos; como tampoco, por nosotros, ellos nunca estarán solos. El pensamiento del alumno se unifica en forma permanente con el del maestro.

La libertad de cada quien, lo lleva a conservar, generalmente, sólo la influencia positiva, que será decisiva en el futuro de los alumnos.

En este sentido, el arte de vivir se convierte entonces en el arte de sobrevivir en la memoria de nuestros alumnos, por lo que debemos preparar el recuerdo que queremos dejar y lograr que alguna vez se piense en nosotros cariñosamente, gratamente, que se nos eche algo de menos. Si al final lo logramos, no podemos pedir nada mejor a la vida.